

MACHOS, MACHETES Y MIGRANTES: MASCULINIDADES Y DIALÉCTICAS DEL CONTROL LABORAL EN GUATEMALA*

Elizabeth OGLESBY **

«En esta *finca* [plantación], ser sindicalista era ser un hombre muerto»

Trabajador azucarero, Escuintla, 1980 ¹.

«Los cortadores de caña guatemaltecos están considerados entre los mejores del mundo. Son cuidados y atendidos como verdaderos campeones olímpicos»

Asociación de Azucareros de Guatemala, 2000.

Una cadena de volcanes separa las tierras altas de Guatemala de las llanuras del Pacífico. Desde el siglo XIX, las élites de plantadores guatemaltecos han observado formas de movilizar y controlar la mano de obra indígena de las tierras altas en beneficio de la producción agroexportadora de las

(*) Presentado en el Social Science Research Council Workshop: «Translocal Flows, Migrations, Borders and Diasporas in the Americas» [Flujos translocales, migraciones, fronteras y diásporas en América], Santo Domingo, República Dominicana, 26 al 28 de junio de 2003. La investigación fue financiada por una beca de tesis para trabajo de campo internacional *del Social Science Research Council*, por la *National Science Foundation* de EE.UU. y por la Fundación Inter-Americana. Agradezco también al Programa de Estudios Agrarios de Yale University y a las siguientes personas: Diane Nelson, Simone Remijnse, Anastasia Mejía, Angela Mejía, Matilde González y Sharad Chari.

(**) *Assistant Professor of Latin American Studies and Geography, University of Arizona.*

¹ CEH (1999, vol. IV: p. 106).

tierras bajas. Las leyes de la era liberal que instituyeron las levas de trabajo y el peonaje por deudas fueron desplazadas, a mediados del siglo XX, por la estratificación étnica y, a comienzos de la década de 1980, por la supresión violenta de los sindicatos rurales.

Este artículo analiza las modificaciones de las relaciones laborales en Guatemala desde los años 80. Aunque el período de insurrección rural que vivió Guatemala a fines de la década de 1970 y comienzos de los 80 no modificó en sus fundamentos la *estructura* de la producción agrícola, indujo cambios significativos en las *políticas* de producción. Me centraré aquí en el caso de la industria azucarera de Guatemala, un sector que en años recientes ha sido reconocido por el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas y el Banco Mundial por sus programas de modernización dirigidos a los trabajadores². El trabajo está basado en seis meses de entrevistas a alrededor de 75 ejecutivos y gerentes de diez ingenios azucareros realizadas en Guatemala, y en doce meses de entrevistas a trabajadores migrantes, entre 1997 y 2000. Los 16 ingenios conforman uno de los núcleos más poderosos y organizados del sector privado en Guatemala. Durante las últimas dos décadas han conseguido expandir su producción hasta colocar a Guatemala como el quinto productor de azúcar a nivel mundial.

Estas *fincas* [plantaciones] guatemaltecas, tristemente célebres por el uso de la violencia extrema para reprimir la agitación obrera, están ideando medios alternativos para lograr la disciplina laboral, mediante la combinación de nuevas tecnologías e inversiones en capital humano y el intento de modificar las identidades de los trabajadores a través de la promoción de una nueva cultura del trabajo altamente masculinizada. Desde la perspectiva de la administración, los cambios instrumentados tienden a restablecer el control sobre el reclutamiento y el despliegue de la mano de obra para la cosecha de manera tal que asegure una fuerza de trabajo estable y de alto rendimiento, pero que sea al mismo tiempo «flexible» para adaptarse a las necesidades de la producción estacional.

En ciertos aspectos, el caso que se discute aquí refleja un nuevo escenario que responde, tanto al período de conflicto rural, como a las condiciones de un mercado mundial cada vez más estrecho a partir de la década de 1980, especialmente tras el recorte de las cuotas de importación por parte de los Estados Unidos en 1982. Por otra parte, las iniciativas de la industria azucarera orientadas a estabilizar la mano de obra de cosecha pueden ser interpretadas como la reafirmación de un proyecto de élite con antecedentes históri-

² Los 16 ingenios azucareros en Guatemala son complejos agro-industriales de capitales locales que controlan también la mayor parte del cultivo de caña en el país; por lo tanto, los términos, «plantaciones» (o *fincas*, como se conocen en Guatemala) e «ingenios» son usados indistintamente en este estudio. En 1998 la industria azucarera de Guatemala recibió un premio del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas y el Banco Mundial por sus «alianzas de desarrollo estratégico» en el área de exportación. Ver Oglesby (2002).

cos en Guatemala: se trata de encontrar la manera de construir nociones de «gobernabilidad» laboral vinculadas a la expansión y estabilización de la economía exportadora³. Aunque el terreno de la lucha laboral se modificó luego de 1980, en las plantaciones la cuestión de la disciplina del trabajo continúa siendo problemática. Las plantaciones han logrado un control más férreo dentro del proceso de trabajo, pero el desafío fundamental sigue siendo reproducir estas relaciones laborales a lo largo del tiempo en un contexto donde los salarios reales permanecen debajo de los costos de subsistencia. Los márgenes de ganancia más fluctuantes de la agroindustria y la historia de oposición organizada de los trabajadores, hacen de la estabilidad a largo plazo un problema central para los ingenios.

La pregunta que formula este trabajo es: ¿cómo se conserva el control sobre la mano de obra migrante año tras año y a través de la distancia geográfica? En vez de elevar las pagas para estabilizar el trabajo, intentan consolidar el control laboral por otros medios. Un componente clave del régimen de trabajo puesto en marcha desde la década de 1980 es la construcción de un perfil de género de la mano de obra ocupada en la cosecha con el propósito de controlar la tensión entre estabilidad y flexibilidad en el mercado de trabajo. A través de una combinación de camaradería y competencia en las plantaciones de caña y en los campamentos de trabajo, los psicólogos industriales de los ingenios se proponen crear una clase de cortadores de caña de vanguardia que se verán a sí mismos como campeones del trabajo deseosos de volver a las plantaciones año tras año. Los programas de capital humano en las *fincas* están explícitamente orientados a infundir una ética masculina del trabajo entre los cortadores de caña en un esfuerzo por elevar la productividad del trabajo y moldear una fuerza laboral estacional más estable y disciplinada. Esta conciencia masculinizada que los ingenios quieren inculcar tiene dos facetas: por un lado que el cortador se vea a sí mismo como un trabajador individualizado y por el otro que vaya aprendiendo nuevas conductas que lo canalizarían hacia el rol de un buen jefe de familia.

La construcción de una ideología de género con fines de lograr la disciplina laboral no es novedosa. Para dar sólo un ejemplo, Stolke (1988) describe la «explotación de la moralidad familiar» que los cafeteleros brasileños intentaban inducir en sus obreros para diluir los conflictos de clase⁴. Como argumenta Collins (1995), sin embargo, este intento de estabilización laboral no es un proceso sobredeterminado. En el caso que desarrollo aquí, la mas-

³ Tal como ha expresado Palmer (1990: p. 8): «el problema central de la hegemonía ha sido planteado por primera vez, si no resuelto, por los liberales de fines del siglo XIX en un contexto en que la rápida expansión de la economía exportadora hacía claro que sobre ella serían erigidas las formas modernas de gobierno».

⁴ Ver también Wright (1997) para un análisis del género y poder dentro de las maquilas mexicanas.

culinización de la fuerza de trabajo —es decir, la creación de nuevas subjetividades masculinizadas— tiene efectos imprevistos y hasta desestabilizantes. Este artículo intentará mostrar cómo las técnicas disciplinarias de las plantaciones son difundidas y refractadas al interactuar con la dinámica local de las comunidades de origen de los trabajadores migrantes en las tierras altas. Es fundamental para el análisis entender la manera en que los migrantes están situados, cada vez en mayor medida, dentro de mercados laborales múltiples y superpuestos (debido a las posibilidades de la migración internacional). Los intentos de las plantaciones por «fijar» una identidad de género *vis-à-vis* una ideología del trabajo, chocan con las formas concretas en que la construcción de la identidad de género en la localidad se vincula a prácticas sociales que son fluidas y altamente espacializadas y que pueden resistir, e incluso socavar, las estrategias de estabilización laboral.

En primer lugar, construyo un argumento apoyado en la geografía crítica, con tal de resaltar la importancia de entender los mercados laborales como espacios clave donde «pugnan múltiples lógicas» (Peck, 1996; cf. Polanyi, 1944). Luego, reseñaré la historia de las políticas laborales en el sector azucarero y la reorganización de las estrategias de administración a partir de 1980. Por último, me dirigiré a examinar cómo dichas políticas son negociadas y enfrentadas por los trabajadores de una localidad situada en las tierras altas.

Control laboral y geografías del trabajo

La tensión entre estabilidad y flexibilidad laboral, o cómo controlar la flexibilidad laboral, es un problema relevante incluso en un contexto como el de Guatemala que se caracteriza por un excedente generalizado de mano de obra rural. Esto tiene que ver en parte con las singulares características de la producción agrícola. A pesar de la acumulación de capital en la agro-industria, la agricultura está esencialmente atada a la tierra, la planificación de trabajo está determinada en alto grado por los ritmos de los procesos biológicos de crecimiento del cultivo, y, en la medida en que el trabajo no es necesario a lo largo de todo el ciclo de producción, el tiempo de producción excede el tiempo de trabajo (Mann, 1990, c.f. Marx, 1967, Vol. II: p. 127). Esto significa que los administradores de empresas agrícolas deben optar por mantener una fuerza laboral ociosa en los meses de baja o nula actividad (trabajadores residentes), o reclutar y trasladar nuevamente trabajadores para la cosecha (migrantes estacionales o jornaleros). Los denominados «costos de supervisión» del trabajo asalariado en agricultura pueden ser excesivamente altos a causa de la dispersión geográfica propia de la producción de alimentos a gran escala, del carácter estacional de la demanda de trabajo, y de los impedimentos para una mecanización completa de la cosecha (Thomas,

1985; Ortiz, 1993; Wells, 1996; Chase, 1997; Collins, 1995). La programación de las tareas en la agroindustria suele ser crítica, y los cuellos de botella de la cosecha pueden presentar serios problemas a los agricultores (Thomas, 1985; Mann, 1990; Wells, 1996; Chase, 1997; Collins y Krippner, 1999).

Por supuesto, el problema del reclutamiento de mano de obra «flexible» es también enfrentado por la industria. Mano de obra eventual, trabajo precario, flexibilidad laboral, o cualquier otra terminología que uno utilice, refieren a fenómenos que no son nuevos en la historia del capitalismo, como han sostenido Pollert (1988) y otros (Harvey, 1989; Storper y Walker, 1989; Sayer y Walker, 1992). Los capitalistas siempre han procurado desarrollar la capacidad de contratar y despedir trabajadores a voluntad, y de moldear la fuerza laboral según los cambiantes imperativos de la producción; al tiempo que las diferentes formas en que fue instrumentada la flexibilidad laboral han formado parte desde antiguo de los conflictos en el mundo del trabajo (Pollert, 1988: p. 45; Thompson, 1963). Al mismo tiempo, a pesar del repliegue sufrido por el trabajo organizado en los últimos años y de la retórica de la globalización, los procesos de organización del trabajo no son unidireccionales. Es decir, las razones económicas y políticas que sustentan la aplicación de contratos de trabajo «flexibles» topan con la necesidad de garantizar un suministro de fuerza de trabajo seguro y predecible, para obtener los trabajadores adecuados en los momentos precisos. La literatura actual sobre administración de empresas subraya el problema de cómo manejar la reducción del personal sin socavar el «contrato psicológico» entre empleadores y trabajadores (Archer, 1994; Singh, 1998; Nkomo y Ensley, 1999).

El trabajo, por supuesto, se diferencia de los demás factores de la producción al encarnarse en seres humanos vivos y concientes (Marx, 1967; Polanyi, 1944). En tanto los trabajadores existen al mismo tiempo dentro y fuera de la esfera formal de la producción, el control de la fuerza laboral debe considerarse, en términos más amplios, como la serie de procesos interrelacionados que aseguran un suministro apropiado de mano de obra, mantienen el control dentro del proceso de trabajo y garantizan la reproducción social de estas relaciones (Peck, 1996).

Trabajos recientes en geografía crítica han orientado su atención hacia la relación recursiva entre los mercados de trabajo y el proceso de control laboral (Storper y Walker, 1989; Peck, 1996; Gidwani, 2001). Siguiendo el ejemplo de las contribuciones teóricas feministas, este enfoque pone énfasis en el carácter social del trabajo como elemento clave en la conformación de geografías del trabajo que son forjadas por luchas en múltiples esferas sociales, tanto en los hogares, como en los lugares de trabajo y frente a las políticas estatales. Gidwani ha introducido el término «gobierno del trabajo» tomado de las contribuciones de Foucault sobre las técnicas del poder que operan en los cuerpos individuales, y la noción de que tal poder es un *bio-poder* en la medida en que posee al mismo tiempo propósitos disciplinarios y productivos que se enlazan con aspectos más amplios del control nacional

(«governabilidad»). Sin embargo, como observa Gidwani, un análisis foucaultiano de la gobernabilidad (Foucault, 1991) es insuficiente; y sostiene además que el «gobierno del trabajo» involucra «la operación simultánea del biopoder (siguiendo a Foucault), y del poder fundado materialmente (siguiendo a Gramsci) en el control del proceso de trabajo». El aporte de Gramsci nos permite ver cómo los procesos de construcción de la hegemonía pueden ser frágiles y sujetos a disrupciones (Comaroff y Comaroff, 1991; Roseberry, 1996; ver también Gidwani y Sivaramakrishnam, 2003). Burawoy (1979, 1985) utiliza el concepto de hegemonía para analizar las prácticas del control laboral y la construcción del «consentimiento» dentro de los lugares de trabajo. Lo que se hace evidente, sin embargo, es que las «políticas de producción» (Burawoy, 1985) no se limitan a los espacios interiores a la fábrica, sino que se extienden a otros espacios sociales que habitan y construyen los trabajadores. El ejemplo de los trabajadores migrantes destaca esta idea claramente.

Varios geógrafos han aportado a una nueva generación de estudios sobre la migración, demostrando que los migrantes son sujetos que se sitúan en una relación dialéctica con los discursos y procesos dominantes de desarrollo y modernización (para el aporte de los geógrafos en este debate, ver Silvey y Lawson, 1999; y Lawson, 2000). Estos trabajos han retomado la crítica del funcionalismo con respecto a los migrantes, no para ubicar a los migrantes como actores sociales totalmente autónomos, sino para examinar de qué manera los migrantes, por su movilidad a través de múltiples espacios sociales, pueden construir esferas de acción que de alguna forma sean contrahegemónicas (Gidwani y Sivaramakrishnam, 2003).

En las secciones empíricas de este trabajo, describo cómo las élites azucareras guatemaltecas han reabordado la cuestión laboral tras un período de intenso conflicto laboral y rural y sigo con una discusión de la estabilización laboral como un proceso dialéctico, centrándome en la experiencia de los trabajadores migrantes.

Las políticas de control laboral en Guatemala

«Incluso más que la tierra», escribe el historiador de Guatemala David McCreery (1994: p. 329) «la mano de obra era la pesadilla de los *finqueros* [plantadores]». Desde el auge del café en la década de 1870, hasta comienzos de la de 1940, el Estado de Guatemala reglamentó el suministro de mano de obra revitalizando el régimen de trabajos forzados de la época colonial a través de una variedad de medidas coercitivas que incluían *mandamientos* [levas de trabajo], servidumbre por deudas y leyes de represión a la vagancia. Palmer (1990: pp. 173-202) describe cómo los intelectuales liberales decimonónicos apoyaron inicialmente los decretos que imponían los trabajos

forzosos, no como una capitulación frente a los cafeteleros, sino porque veían en el desarrollo de la economía exportadora un camino para insertar la población indígena en el «orden productivo», el primer paso esencial hacia lo que concebían como un gran plan civilizador de integración nacional. Lo importante para estos pensadores liberales, no sólo era proveer de fuerza laboral a las *fincas* cafetaleras, sino especialmente insuflar una «ética del trabajo» en las poblaciones mayas, galvanizándolas en un «movimiento hispánico», esto es, en el «movimiento, circulación y librecambio que representaba para la utopía liberal la fusión entre capitalismo y nación» (p. 179). No fue hasta una década después de la revolución liberal que el pesimismo se instaló entre lo que Palmer llama «los elementos nacientes de la sociedad civil», quienes denunciaban que el trabajo forzado había creado una oligarquía parasitaria dependiente de la coerción y un sistema de producción agrícola que había dividido al país más que nunca.

La agricultura de exportación se difundió por las llanuras del litoral en la segunda posguerra a medida que la extensión de la infraestructura, la expansión de los mercados de crédito y de exportación y el desarrollo de nuevas tecnologías hicieron posible una diversificación de los cultivos: el algodón y la caña de azúcar se extienden por la costa del Pacífico. La caña de azúcar había sido cultivada en Guatemala desde la época colonial, pero no es sino hasta los años 60 y 70 que llega a ser un importante producto de exportación. Aunque el cultivo de caña fue capital-intensivo desde el comienzo, continuó siendo dependiente de la mano de obra de las tierras altas. Las leyes de trabajos forzosos y de peonaje por deudas fueron abolidas en Guatemala durante el período de reformas de la década de 1940, pero los *finqueros* intentaron asegurar la disciplina laboral por otros medios, como la segregación étnica de la fuerza de trabajo y la manipulación de las divisiones étnicas. Los *finqueros* fomentaron la migración permanente a la costa y, en un principio, otorgaron a los trabajadores permanentes «ladinizados» una serie de beneficios⁵. Cuando estos trabajadores comenzaron a organizarse, los terratenientes buscaron reemplazar la mano de obra permanente por trabajadores migrantes de las tierras altas. Los trabajadores eran separados por lengua e incluso por localidad de origen en los equipos de trabajo y en las barracas donde se alojaban (Bossen, 1982; Cabarrús, 1978).

Sin embargo, esta estrategia para controlar a los trabajadores de la cosecha a través de la segregación étnica se desbarató a fines de la década de 1970 con la emergencia de un movimiento de trabajadores pan-étnico: el Comité de Unidad Campesina. Al no hacer distinción entre jornaleros rurales y campesinos del altiplano, o entre trabajadores estacionales y permanentes,

⁵ Hacia la década de 1970, la mano de obra residente en la costa incluía a los descendientes de generaciones anteriores de migrantes de las tierras altas, así como migrantes provenientes de la región oriental de Guatemala y El Salvador.

el CUC procuraba unir a los indígenas de los 22 grupos étnicos de Guatemala y a los ladinos pobres del campo. Los migrantes eran la columna vertebral del movimiento. En febrero de 1980, unos 100.000 trabajadores en las plantaciones comenzaron una huelga, una de las mayores y más estratégicas medidas laborales que Guatemala hubiera visto. La huelga estuvo organizada por la izquierda, y unió a migrantes de las tierras altas con trabajadores no indígenas residentes en la costa. Parte de mi investigación ha tratado sobre la historia y el desenlace de esta huelga. El gobierno presionó a los plantadores para elevar los salarios, pero fue una victoria pírrica: desde 1980 se dio una brutal escalada en la represión contra los activistas rurales⁶.

El breve período de insurrección rural no produjo ninguna clase de modificación estructural en Guatemala, pero alteró claramente las relaciones sociales que apuntalaban la economía agroexportadora del país. Aunque los directivos de las plantaciones con quienes hablé tendían a considerar la huelga de 1980 como una acción desestabilizadora organizada por la guerrilla, existe en este sector la convicción de que algo cambió irrevocablemente en aquel momento; y este cambio tiene que ver con la forma en que la movilización campesina estalló ante sus ojos⁷. Al unir los diferentes grupos de trabajadores rurales, la huelga invirtió los métodos previos de control laboral que se sustentaban en la manipulación de las divisiones étnicas. Las interpretaciones de la huelga por parte de los ingenios más importantes provocaron una reevaluación de las estrategias de producción y control laboral que condujo, en un primer momento al debate y la diferenciación dentro de la industria, y luego a la creación de un nuevo bloque hegemónico.

Eliminar el conflicto laboral librándose de la mano de obra de la cosecha no era una opción posible para los ingenios. Numerosas características naturales del cultivo del azúcar en Guatemala hacían de la mecanización total de la cosecha una alternativa no redituable: campos ondulados, suelos rocosos, y fuertes vientos que inclinan los tallos en ángulos irregulares. Además, cortar la caña es más delicado de lo que se supone, puesto que si se corta muy alto se pierde sacarosa, pero si el corte es muy bajo, las bac-

⁶ Sobre la historia de la huelga de 1980, ver Fernández Fernández (1988) y Grandin (1997). La Comisión para el Esclarecimiento Histórico documentó el asesinato o desaparición de 28 líderes sindicales de la industria azucarera entre 1980 y 1983 (CEH, 1999, Vol. IV: p. 106). La incapacidad de los trabajadores para defender los logros de la huelga empujó a muchos activistas rurales a las filas de las organizaciones revolucionarias, pero este camino fue clausurado por la ofensiva contrainsurreccional del ejército que culminó en la destrucción de cientos de comunidades rurales entre 1981 y 1982. Ver CEH (1999: Vols. III y IV).

⁷ Así como los gerentes usan nuevos adjetivos para describir sus iniciativas, también han renovado su lenguaje para describir a los trabajadores indígenas: ahora son «listos» [en español en el original, n. del t.], no se dejan mandonear, saben qué es qué. Un directivo lo expresó así: «los trabajadores solían ser *callados* pero *ya no es gente tonta*.» [bastardilla en español en el original, n. del t.].

terias que transporta el machete pueden infectar las raíces y matar los nuevos brotes. Dado que la mano de obra persiste como elemento central en el régimen de producción de los ingenios, el restablecimiento del control laboral era de capital importancia. Por otro lado, a comienzos de la década de 1980, los precios internacionales del azúcar cayeron abruptamente y Estados Unidos eliminó las cuotas de mercado preferenciales para la región del Caribe. Esto contribuyó a impulsar la búsqueda iniciada por los ingenios para elevar la productividad laboral.

La racionalización del trabajo en los ingenios comenzó cuando los ejecutivos del ingenio Pantaleón, el más grande de América Central⁸, estudiaron los puntos débiles de las etapas de producción, *vis-à-vis* la mano de obra de la cosecha que se había vuelto súbitamente ingobernable. En la medida en que los ejecutivos del ingenio comenzaron a preocuparse por las flaquezas del sistema de cosecha, iniciaron un lento proceso de construcción de un proyecto renovado de hegemonía social que se gestó a partir del agotamiento de los antiguos métodos de control de la mano de obra, dentro de las contradicciones de los nuevos imperativos de la producción. Estos cambios no marcaron una transformación completa de las relaciones laborales en las plantaciones; son más bien injertos de políticas de racionalización industrial en relaciones sociales y laborales pre-existentes de tipo rural.

La reorganización de la administración

Los programas de recursos humanos que los ingenios iniciaron a comienzos de la década de 1980, implicaban la reestructuración del reclutamiento de mano de obra para la cosecha, y el incremento del control gerencial sobre el proceso de trabajo. En la costa, la mayoría de los ingenios removieron la mano de obra permanente (*rancheros colonos*) con el propósito de reducir los costos del trabajo y dismantelar los sindicatos. Estas medidas se acompañaron con un esfuerzo por «estabilizar» el reclutamiento de los trabajadores migrantes reemplazando el sistema de *contratistas* [enganchadores] por el de contrataciones directas.

Con Pantaleón a la cabeza los ingenios implementaron un sistema de «migración computarizada»⁹ con el que registran en bases de datos la pro-

⁸ El ingenio Pantaleón es propiedad de la familia Herrera, una de las familias más adineradas de Guatemala, cuya influencia económica se remota al auge de la exportación del café en el siglo diecinueve. Otros ingenios también son propiedad de familias económicamente poderosas.

⁹ He tomado este término del estudio de Jonathan Crush sobre el monitoreo electrónico de los trabajadores en las minas de oro en Sudáfrica. Ver Crush (1992).

ductividad diaria y la trayectoria laboral de cada cortador de caña año por año. En una típica evaluación anual, los trabajadores reciben un puntaje basado en la productividad (40 %), calidad de trabajo (40 %) y «actitud» (20 %). Estos registros son los elementos esenciales de un sistema más sofisticado de selección diseñado para re-contratar individualmente sólo a los obreros más productivos y dóciles. En un sistema de puntajes llamado «calificaciones de conducta» los trabajadores reciben puntos positivos en concepto de «estabilidad laboral», «madurez», y «potencial de desarrollo», y puntos negativos por mala predisposición o cualquier comportamiento conflictivo. Las listas negras no son nuevas, por supuesto, pero la capacidad de rastrear y seleccionar trabajadores electrónicamente es una ampliación cualitativa del poder de administración¹⁰.

Los perfiles que se trazan a partir de estos datos son utilizados para caracterizar trabajadores «deseables» e «indeseables». Por ejemplo, la decisión de contratar trabajadores de las tierras altas indígenas o de las chabolas (villas miseria) de los suburbios en la costa es tomada a partir de ideas con fuerte carga racial sobre qué hace a un buen trabajador¹¹. Por otro lado, la confección de perfiles de la mano de obra tiene evidentes dimensiones políticas, en la medida en que municipios enteros son caracterizados como productores de «buenos» o «malos» obreros de acuerdo a su historial de reclutamiento laboral y agitación política, y a las percepciones de los ejecutivos. Por esta razón, la proporción de trabajadores costeños y de las tierras altas varía de ingenio en ingenio pero, en general, más de la mitad de la mano de obra de la cosecha proviene del altiplano.

¹⁰ Aunque resulta tentador considerar este sistema de información como un «superpanóptico» (Posner, 1990), es conveniente tener en cuenta que se trata, en realidad, de un simple programa de Excel sujeto a fallas. Un año, por ejemplo, un supervisor técnico renunció al ingenio y se llevó consigo la base de datos. Cuando finalizaba mi investigación, supe de un grupo de supervisores de Pantaleón que habían sido asaltados a punta de pistola mientras se dirigían a uno de los campos de migrantes para realizar una presentación en PowerPoint. Los asaltantes robaron una computadora portátil que contenía los registros de todo el año, en gran parte, sin copia de seguridad.

¹¹ Algunos ingenios sostienen que los trabajadores de las tierras altas no son tan aptos físicamente como los ladinos (no indígenas o descendientes de migrantes de segunda o tercera generación) de la costa, y que su presencia «retarda» el desarrollo de la región. Otros evitan la mano de obra de las tierras altas porque creen que los trabajadores indígenas no podrán asimilar fácilmente un régimen de trabajo que enfatiza la competencia individual basada en la productividad personal; desde esta óptica, los trabajadores mayas tienden «por naturaleza» a actuar colectivamente, y esta no es una característica particularmente deseable si se presenta una disputa laboral. Otros sostienen que los trabajadores indígenas son más disciplinados que los trabajadores de la costa; ellos vienen a trabajar y es más fácil lograr que permanezcan durante toda la cosecha, lo que no ocurre con los trabajadores del litoral que son más «rebeldes».

Un componente central en el reclutamiento de la mano de obra desde la década de 1980 ha sido la creciente masculinización de la fuerza de trabajo. Las mujeres en Guatemala excepcionalmente cortan caña, pero a menudo viajaban a la costa como cocineras o para encargarse de trabajos marginales como irrigar y fertilizar los campos de cañas. Hoy estas tareas secundarias están totalmente mecanizadas, y la comida para los trabajadores es preparada por cocineros varones en cocinas industriales. Sólo pueden vivir en los campamentos de trabajo de los ingenios trabajadores varones jóvenes de entre 18 y 30 años aproximadamente.

Los gerentes se jactan de haber logrado trabar relaciones de confianza con estos trabajadores a lo largo del tiempo. Los directivos de la línea media y superior de los ingenios destacan la buena relación que tienen con los obreros: visitan los campamentos regularmente, comen y beben con ellos y escuchan sus problemas. Un gerente de Pantaleón comentaba jocoso que los trabajadores llamaban a su oficina de recursos humanos, oficina de «derechos humanos» (un juego de palabras que hacía referencia a la ONU y otras agencias de derechos humanos que surgieron en las zonas rurales durante el proceso de pacificación).

El trabajo de la cosecha fue organizado siguiendo principios tayloristas para incrementar radicalmente la productividad de los trabajadores. El proceso de cosecha fue dividido en etapas claramente definidas y cada etapa fue catalogada. Los «supervisores» (generalmente cortadores de caña que han sido ascendidos) enseñan a los trabajadores los pasos correctos: qué surcos segar primero, cuántos tallos deben ser cortados de un solo golpe y cómo acostar correctamente la caña en el suelo. Los cortadores reciben puntos según criterios de calidad: cuán cerca del suelo se corta la caña, cuán libres de piedras, raíces y tocones quedan los surcos, si la caña se deja en el suelo bien alineada, o no. Así, los valores numéricos de calidad, forman parte de los registros permanentes de cada trabajador, junto con el promedio de la producción diaria. El trabajo de los supervisores también es reglamentado, y reciben capacitación sobre el proceso de producción, en estadística aplicada y psicología motivacional.

Los niveles de rendimiento deseados son altos, y existe un fuerte interés en perfeccionar los cuerpos de los trabajadores. Se desarrollaron nuevas dietas balanceadas en proteínas y carbohidratos. En Pantaleón, los directivos mejoraron el sistema de cosecha implementando estudios de tiempo y movimiento. Registraron en video al mejor grupo de cosecheros y observaron sus movimientos: a qué distancia se paraba el obrero de la caña, cuál era la amplitud del arco que describía con el machete, cómo era depositada la caña sobre el suelo. Tomaron medidas de los músculos de los trabajadores como parte de experimentos nutricionales. Los cortadores de caña siguen dietas especiales; son pesados periódicamente y se toman medidas de su masa muscular. Sus cuerpos y sus niveles de productividad son supervisados, toda esta información es registrada en bases de datos anuales, y los tra-

bajadores más exitosos son recompensados con premios y nuevos contratos de trabajo. Las autoridades de los ingenios adoptan los fundamentos de los primeros experimentos tayloristas, según los cuales los cambios técnicos tienen como única función elevar la productividad del trabajo. Estos estudios llegaron a la conclusión de que la disposición psicológica de los trabajadores era tan importante como los cambios técnicos. El objetivo de los ingenios es crear nuevas actitudes hacia la tarea de la cosecha con la intención de socavar la oposición hacia un régimen de trabajo que incrementa de manera drástica y constante las demandas sobre los cuerpos de los trabajadores.

«Los trabajadores productivos se proponen a sí mismos: ‘voy a lograr esto’, mientras que los demás llegan aquí pensando solamente ‘vamos a ver cómo resulta’. Estamos estudiando la manera de fomentar la primera actitud» afirmaba un gerente de Pantaleón¹².

Ahora, los obreros reciben su paga por tonelada a modo de incentivo para optimizar el rendimiento. Sin embargo, las remuneraciones reales por tonelada cayeron. En 1980, un trabajador ganaba el equivalente a un dólar por tonelada, mientras que los valores actuales rondan los noventa centavos por tonelada. Un obrero que cosecha seis toneladas de caña por día gana aproximadamente el doble del salario rural mínimo pero a duras penas puede seguirle los pasos a la inflación; en otras palabras, mientras que el rendimiento de los obreros se incrementó entre el 400 y el 700 por ciento, los ingresos se mantienen por debajo del costo de vida¹³. Esto implica que la producción en este sector aún necesita exteriorizar los costos reales del trabajo a través de la producción de subsistencia en las tierras altas.

La persistencia de esta dependencia estructural, no puede ser entendida simplemente a través del concepto de «dualismo funcional» (de Janvry, 1981; Kautsky, 1899). Como Deere (1990) ha demostrado, la reproducción en el tiempo de la relación entre los pequeños propietarios de las tierras altas y las haciendas dedicadas a la agricultura comercial requiere una explicación más profunda, quizás sea de mayor utilidad la imagen de una estruc-

¹² Entrevista n° 40, Escuintla, noviembre de 1994.

¹³ En el 2000, cuando finalicé mi trabajo de campo, el salario mensual mínimo en Guatemala era de 810 quetzales. El salario medio para los trabajos de zafra era de 1.300 quetzales por mes, mientras que los cosecheros «campeones» podían ganar hasta 2.000 quetzales. Sin embargo, de acuerdo al Instituto Nacional de Estadísticas, el costo de la canasta familiar de alimentos era de Q1.215 por mes; si se le suman gastos adicionales como educación, salud y transporte el monto se elevaba a Q2.186. Por supuesto, muchos trabajadores de las tierras altas pueden complementar el trabajo pago en grado variable a través de la producción de subsistencia; no obstante esto, la situación es particularmente crítica para los trabajadores de la costa que han sido desalojados de las tierras de cultivo a las que solían tener acceso mínimo para plantar y criar animales. Ver Oglesby (2002, capítulo 1).

tura en movimiento, que destaque las relaciones dentro del ámbito doméstico, las influencias recíprocas entre las dinámicas de clase y de género, y la acción de los obreros (ver también Radcliffe, 1991).

En la próxima sección, deseo mostrar cómo las estrategias de administración del trabajo en las plantaciones interactúan con la dinámica de una localidad de las tierras altas. Si un esquema economicista de corte marxista (el del «dualismo funcional») no llega a resolver estas cuestiones satisfactoriamente, tampoco lo hace una interpretación foucaultiana que considera el renovado auge de la gestión en recursos humanos como una nueva clase de «panóptico de la información» (Barlow, 1989; Townley, 1993; 1999; Jacques, 1999; Legge, 1999). Creo que hay algo de razón en considerar que los «recursos humanos estratégicos», como se denomina actualmente este campo, representan un proyecto bio-político en el sentido foucaultiano. Esto es, un intento de reducir el trabajo en tanto fuerza política, y reactivarlo y potenciarlo a la vez como fuerza útil, dentro de una esquema capaz de vincular los distintos niveles de «gobernabilidad» (Foucault, 1977: p. 221; Foucault, 1981; Foucault, 1991). En Guatemala, los liberales del siglo XIX soñaron con un sistema de vigilancia, control y orden de tales características para el ámbito rural; sin embargo, concebir el campo como un panóptico gigante es tan absurdo hoy, como lo era en aquel entonces. El enfoque foucaultiano nos ayuda a pensar las técnicas del poder operando sobre los cuerpos individuales. Pero es necesario también, tener en cuenta cómo se difunden hacia múltiples esferas sociales las políticas de la producción, y cómo son contruidos y resistidos en estos espacios los procesos de hegemonía. ¿Cómo se intersecan los intentos de promover un régimen de trabajo hegemónico con la dinámica local de las tierras altas? Desarrollaré a continuación el caso de una población en las tierras altas ligada desde antiguo a las *fincas* de lo costa pero cada vez más involucrada, al mismo tiempo, en los circuitos de migración internacional. Mis entrevistas con trabajadores jóvenes en esta región sugieren que la ideología de género promovida por los ingenios no está asociada necesariamente con la estabilización laboral, sino que está permeada por significados alternativos que le otorgan los trabajadores, hecho que contribuye a promover la migración internacional y a desestabilizar en cierto grado el régimen de producción ideal de los ingenios.

Vidas de trabajo. Trabajo y localidad en Joyabaj, El Quiché

El nombre completo del Joyabaj es Nuestra Señora del Tránsito, Santa María de Joyabaj, un nombre que alude a la ascensión de la Virgen María a los cielos. Es también un nombre adecuado si tomamos el sentido terrenal de la palabra «tránsito», ya que quien la visita percibe instantáneamente que está ante una historia de desplazamientos, dentro y hacia fuera del área. Du-

rante todo el día los autobuses recorren traqueteando la calle principal en su camino hacia la Ciudad de Guatemala o a la costa, muchos llevan letreros que rezan: «servicio expreso agrícola». Las élites locales se han dedicado a traficar con ganado, productos de contrabando y especialmente personas, y la historia de la extracción de mano de obra está intrínsecamente ligada al poder local y a los procesos de formación étnica y de clases tanto en el centro municipal como en los poblados circundantes.

Joyabaj es una de las municipalidades más grandes en el departamento de El Quiché, tanto en población como en extensión territorial, con aproximadamente 80.000 habitantes incluyendo la zona urbana y más de 60 pueblos. Alrededor del 85 por ciento de la población de Joyabaj es Maya-K'iche. Algunos K'iches viven en la ciudad, pero la mayoría habita en las poblaciones de los alrededores¹⁴. Como ocurre en muchas áreas en esta región del país, el poder político y económico local era históricamente detentado por unas pocas familias no indígenas («ladinas»); sin embargo, este control se ha fracturado en cierta medida desde la guerra, al tiempo que los k'iches se han convertido en líderes más notorios del comercio municipal y la política local.

Cerca de dos tercios de las familias de Joyabaj participan en migraciones laborales estacionales, uno de los índices más altos de Guatemala¹⁵. La migración para la cosecha de café (agosto-diciembre) es lenta y regular, pero cuando comienza la *zafra* [corte de caña] a principios de noviembre se torna abrupta y muy evidente. Autobuses rentados forman fila en la calle principal, para partir hacia la costa cada hora del día durante al menos dos semanas. Los cortadores de caña trabajarán en la costa desde noviembre hasta marzo o abril.

En la *aldea* [comunidad rural que pertenece a la misma municipalidad] donde permanecí la mayor parte del tiempo, que llamaré «San José», existen alrededor de 100 familias. Casi todas poseen algo de tierra, aunque la propiedad es desigual, tanto en cantidad como en calidad. Cerca del 40 por ciento de las familias del pueblo pueden subsistir sin migrar a la costa,

¹⁴ «K'iche» es la ortografía actualizada por la Academia de la Lengua Maya de «Quiché», y refiere a uno de los grupos mayas más numerosos del país. Quiché es también el nombre de uno de los departamentos (provincia) de las tierras altas donde los K'iche son mayoría. Las dos palabras se pronuncian kiché.

¹⁵ Esta cifra está disminuida porque incluye los bajos índices de migración de la ciudad y algunos pueblos de las cercanías. El mismo estudio también presenta una lista desagregada pueblo por pueblo, de donde surge que en un tercio de los pueblos de Joyabaj, el 75 por ciento de las familias migra. Es claro que los datos sobre movilidad laboral no son más que una estimación gruesa. Fuente: datos inéditos del Programa de Atención a los Trabajadores Agrícolas Migrantes, llevado adelante por el Ministerio de Salud, el Instituto de Seguridad Social y la Organización Panamericana de la Salud, marzo de 2000.

o migrando sólo ocasionalmente y durante períodos cortos, generalmente, cuando necesitan fondos para comprar fertilizante. Aproximadamente el 35 por ciento viaja regularmente hacia la costa y depende de los jornales de la cosecha en las plantaciones para comprar maíz y fertilizante. Alrededor del 25 por ciento de las familias tiene al menos un miembro que trabaja en los Estados Unidos.

Los jóvenes cortadores de caña de San José han crecido juntos y son parte de una red de adolescentes que se mueven entre los pueblos y más allá. La primera vez que visité San José, fuera de la temporada de cosecha, en Julio, los muchachos se escapaban cada vez que podían para jugar al fútbol con otras comunidades (llegan a caminar hasta cuatro o cinco horas para jugar un partido). Más avanzado el año, cuando los hijos son necesarios en la casa para colaborar en la cosecha del maíz, se reúnen todos los días al atardecer para jugar a los naipes por dinero. Los domingos, aquellos que pueden, caminan varias horas hacia el centro de la municipalidad y se gastan algunos *quetzales* en una sala de video. En esta red, todos tuvieron alguna experiencia de trabajo en la costa, y algunos pocos han probado suerte emigrando a Estados Unidos.

Casos típicos en este grupo eran los hermanos «Simón» y «Eugenio», de 21 y 22 años. Estos jóvenes son los hermanos del medio de una familia de 9 hijos. Cuando los conocí, ambos vivían en la casa de sus padres, Simón con su pareja y su pequeño hijo. Los dos trabajan muy duro con su padre en los meses de abril a noviembre, fuera de la temporada de zafra. Cuando conocí a Simón, estaba fertilizando un maizal, y accedió a interrumpir su tarea y conversar conmigo bajo la condición de que mi asistente continuara con el trabajo (lo que hizo jocosa y torpemente), y lo mismo ocurrió luego con Eugenio. Simón y Eugenio comenzaron cortando caña en la adolescencia, llevados a las *fincas* por un hermano mayor. Ese hermano había regresado recientemente, luego de varios años de «cortar pollos» en el sur de Estados Unidos. Otro hermano mayor trabajaba en las *fincas* cosechando café («no podía cortar caña por el sol», según Simón).

La familia es una de las más pobres del pueblo, sólo poseen media hectárea de tierra, no mucho más de lo que rodea la casa. No obstante, dos hermanos menores asistieron a la escuela, gracias a becas gestionadas por el director de la escuela local, que tiene un nuevo programa de educación bilingüe. Un hermano, de 20 años de edad, se había graduado recientemente en un colegio secundario de la capital departamental, y continuaba estudiando en un prestigioso programa de magisterio; otro estaba cursando el secundario en la ciudad de Guatemala. Simón y Eugenio también eran ambiciosos, pero sus aspiraciones se orientaban hacia otros objetivos. Simón, particularmente, pasó varios años analizando en qué plantaciones podía ganar más dinero. Así describió el sistema de moverse de ingenio en ingenio, y el factor de riesgo que implicaba partir hacia la costa por primera vez:

Cuando uno va a ir a la costa, primero se analiza. ¿Voy a aguantar o no? Yo quería ir y comprobarlo. Mi tío me dijo, ‘no vas a aguantar, eres demasiado joven’. Pero yo pensé, ‘es mejor ir y ver’. Y lo logré.

Lo único es que el trabajo es bien duro. Empezamos a las seis de la mañana. Debemos levantarnos a las cuatro si los cañales están muy lejos. Terminamos alrededor de las siete de la tarde, y a veces más tarde. A veces, ya ni siquiera podemos ver dónde va el machete. Los autobuses vienen, pero en vez de llevarnos, ¡apuntan sus luces hacia los cañales para que sigamos trabajando!¹⁶.

Simón se jactaba de que podía cortar siete toneladas de caña por día, una tonelada más del mínimo requerido en el ingenio donde trabajaba. «Quizás otros pueden ir a otros ingenios si no necesitan ganar tanto dinero, o si no pueden hacer el trabajo» dijo con un dejo de desdén, dando de ejemplo el caso de su hermano Eugenio. «A mi hermano le gusta estar echado, *no aguanta*»^{*}.

Estos dos jóvenes, y otros que entrevisté en el pueblo, se referían a la competencia de trabajo en las *fincas* con ironía e incluso burlándose de sus propias actitudes. «Es como una carrera», nos ilustraba Simón. «A la mañana largamos parejos. Luego, comienzas a mirar quién va adelante. Siempre estás mirando a tu alrededor para estar seguro que vas al frente».

Un vecino de Simón, otro cortador de caña, hizo una cómica imitación de un obrero andando con el pecho henchido de orgullo, parodiando la reacción de los trabajadores cuando los ingenieros los describen como campeones: «Los *empresarios* ^{*} (los dueños o, en este caso, sus representantes), vienen a los campamentos todas las semanas para contarnos lo grandiosos que somos, que vamos más adelante que los otros frentes... por supuesto, eso nos hace sentir bien»¹⁷. Por otro lado, «algunos se enloquecen

¹⁶ Entrevista n° 30, Joyabaj, julio de 2000.

^{*} En español en el original (n. del t.).

¹⁷ No sé exactamente cuando comenzaron los trabajadores a utilizar esta palabra para referirse a los dueños de los ingenios –diferente del término *ricachones* [en español en el original] que expresa una conciencia de clase con más claridad– pero hoy está muy difundida. El término *empresario* a veces se usa indistintamente con el de *ingeniero* cuando hacen referencia a niveles gerenciales medios y jerárquicos, o a personas que, a juicio de los trabajadores, son parte de la compañía. Me resultó interesante que los trabajadores eligieran la palabra *empresario*, que subraya la imagen de «hombre de negocios» que proyectan los ejecutivos de los ingenios, en vez de adoptar los términos *finquero* o terrateniente.

con la competencia», comentó este trabajador de 26 años. «Es como cuando ponen un palo enjabonado en una feria. Aunque sabes que no puedes ganar, tienes que probar»¹⁸.

El tono se hacía menos jocoso cuando los *cortadores* hablaban de lo que ocurría al forzar los trabajadores los límites de su tolerancia física. El muchacho de 26 años que bromeaba con nosotros, comentó que desde su último año en la costa sufría de un dolor crónico en la espalda y el hombro que le dificultaba el trabajo en su propio maizal, además del gran gasto que significaban las inyecciones para calmar el dolor. En lo que al uso de medicamentos se refiere, vitaminas y drogas ilícitas inyectables (un medio que ciertamente utilizan los obreros para acercarse a su tan publicitada condición de atletas), los dos hermanos tenían distintos puntos de vista acerca de si valía la pena estimular el desarrollo de sus cuerpos a niveles tan extremos. Eugenio dijo que él se inyectaba regularmente vitaminas y estimulantes, mientras que Simón aseguraba que su cuerpo «estaba muy bien así», sin agregados químicos.

Eugenio:

La única forma en que puedo soportarlo es con las inyecciones. Pago por mis inyecciones: Nervión, Nerotrópica, Tiamina y Sin Sueño¹⁹. De esa manera, no sientes el sol. No te cansas. Una pastilla dura dos o tres horas, pero una inyección dura 15 días.

Simón:

Los viejos, especialmente, son los que toman vitaminas, los que tienen más de 30, los jóvenes todavía tenemos un buen físico y no las necesitamos tanto. La gente toma otras cosas también, cosas que los hacen hablar como locos, y andar como *bolos* [borrachos]. Los que cortan diez o doce toneladas por día, muchos de ellos toman drogas. No sólo vitaminas sino drogas de verdad, y después no puedes trabajar sin ellas. Esas personas no piensan, pero yo sí, no vale la pena. Te puedes morir si no te das cuenta de que te ha pegado mucho el sol. Conozco algunas personas de aquí, que están tan quemadas que ya no pueden trabajar en sus propias tierras.

¹⁸ Entrevista n° 36, 14 de julio de 2000.

¹⁹ Las primeras tres son inyecciones con vitamina B, y Sin Sueño es un estimulante de venta libre. Una inyección de vitamina B cuesta alrededor de medio jornal.

En todas mis entrevistas en las tierras altas y en la costa, oí hablar del uso extendido de las inyecciones de vitamina B, que algunos ingenios distribuyen gratuitamente en sus clínicas, pero que están también disponibles en farmacias y pueden ser adquiridos por los obreros (las farmacias de Joyabaj poseen al menos doce marcas de vitamina B inyectable en *stock*, y los trabajadores empiezan a comprarlas semanas antes de que comience la cosecha de azúcar, a un precio equivalente a medio jornal diario por dosis). Los estimulantes de venta libre también se pueden comprar en farmacias ²⁰. Los doctores de los ingenios son concientes de que los efectos de estas dosis de vitaminas son más psicológicos que físicos, y, de hecho, su función principal es hacer sentir a los obreros que están listos para sobreexigir sus cuerpos ²¹.

Si bien los jóvenes son presionados para competir entre ellos en los campos, la atmósfera de esparcimiento dentro de los campamentos es fomentada con la intención de crear una atmósfera de camaradería para compensar el abrumador ritmo de trabajo, y para evitar que los trabajadores extrañen sus hogares y se distraigan. Muchos de los campamentos tienen televisión y video caseteras, y hay «noches de entretenimiento» con películas mexicanas de *vaqueros* * o de acción. En ocasiones se contratan bailarinas exóticas para actuar en los campamentos, y cuando finaliza la cosecha, los *cortadores* son llevados en excursión a la playa o a la cantina local. La ausencia de los padres en los campamentos crea un sentimiento de mayor libertad, una suerte de adolescencia prorrogada para los trabajadores más jóvenes, especialmente en una región como la costa donde abundan los bares y burdeles.

²⁰ He sabido también del uso generalizado de las anfetaminas durante la *zafra*, y no sólo entre los cortadores de caña, sino también entre los trabajadores del *ingenio* y los camioneros que deben trabajar toda la noche cargando y transportando la caña cosechada. No encontré evidencias de que el personal del ingenio estuviera involucrado en la distribución de drogas, antes bien, las drogas son parte de una economía informal que se está expandiendo en la costa.

²¹ También se intentó convertir en un estímulo psicológico similar a las bebidas de rehidratación oral que se les dan a los obreros cada mañana; según me confesó uno de los primeros ingenieros de Pantaleón, el ingenio decidió agregar colorante rojo a las bebidas, para hacerlas lucir como sangre y, de esa manera, dar a los obreros la sensación de que estaban tomando una potente transfusión. Sin embargo, la introducción de estas bebidas provocó una reacción de oposición, al menos al principio. Se rumoreaba que las plantaciones estaban poniendo nitrato en los envases y en la comida para disminuir el deseo sexual entre los cortadores de caña en los campos. El personal de los ingenios estaba al tanto de estos rumores y se reían de ellos, tomándolos como un ejemplo más del «terrorismo» de las habladurías.

* En español en el original (n. del t.).

El día de trabajo y la vida en los campamentos varía según el ingenio y de semana en semana, de acuerdo a los ritmos de la producción. A menudo, los obreros regresan del campo tan tarde y tan cansados que apenas tienen tiempo para bañarse, comer y dormir. Pero a veces el día de trabajo termina más temprano, y queda tiempo para la recreación. Simón, un tiburón del naípe en el pueblo, contaba cómo aprendió muchos «trucos» en la costa jugando con *cortadores* de Joyabaj y otras localidades. Eugenio nos platicaba sobre sus programas de televisión favoritos que miraba siempre que los grupos de trabajo terminaban más temprano. Las posibilidades de obtener un permiso para abandonar el campamento temporariamente también varían de acuerdo a las necesidades de producción de los ingenios. En ciertas oportunidades, los trabajadores pueden salir por unos pocos días sin perder su número de identificación, mientras que en otros momentos, el permiso es negado, y si un obrero se va, probablemente no vuelva a ser contratado. Algunos campamentos se encuentran cerca del camino, la mayoría no, pero aun en estos casos, los trabajadores podrían salir y entrar libremente aprovechando el abundante tránsito que existe en los campamentos. Los cortadores del altiplano son preferidos a los de la costa, en parte, porque se considera que tienen un menor índice de ausentismo, pero los trabajadores migrantes tienen muchas oportunidades de pasear por la costa. Mientras los gerentes de los ingenios esperan que los trabajadores regresen a sus comunidades con una nueva «ética del trabajo», lo que a veces llevan a su retorno, en cambio, son enfermedades venéreas, además de malaria.

¿Los cortadores de caña, se ven a sí mismos como un grupo de trabajadores de vanguardia o campeones, tal como los representan las imágenes promovidas por los ingenios? Sí, en cierta forma. Ahora, los cortadores esperan trabajar bajo ciertas condiciones en las *fincas*, e irán pasando de ingenio en ingenio en busca del mejor trato. Algunos invierten mucha energía física y mental en procura de los premios, y una parte de su autoestima queda ligada a su habilidad para demostrar destreza con los machetes australiano-colombianos (al menos durante algunos meses del año). Los más exitosos, en realidad, se consideran una especie de trabajadores calificados. Por otro lado, no puede ignorarse el hecho de que cortar caña de azúcar es uno de los trabajos más arduos que pueda imaginarse. Pocos trabajadores pueden soportar más de cuatro o cinco temporadas sin sufrir algún tipo de lesión en el cuerpo. El calor, las extenuantes horas de trabajo, y la idea de que ciertos ingenios los estafan manipulando las balanzas de caña, son las razones que mencionan para explicar por qué el trabajo en la *zafra* es considerado aún como una ocupación detestable.

Cuando volví a entrevistarme con los máximos directivos de Pantaleón, durante mis últimos días en Guatemala, tenían una inquietud principal sobre mi trabajo en las tierras altas: querían saber cómo imaginan su futuro los cortadores. En el pueblo de San José, cortar caña de azúcar es visto principalmente como una forma de aproximarse al objetivo de pasar a los Esta-

dos Unidos pagando los servicios de un coyote²². Muchos de los adolescentes y jóvenes ya hicieron uno o más intentos fallidos de cruce. Simón no sabía aún qué es lo que iba a hacer, pero Eugenio estaba obstinado en que la emigración a los Estados Unidos representa una oportunidad para comprar tierra y, de ese modo, hacerse un lugar en el pueblo. Me dijo que iba a ganar un poquito más de dinero antes de partir hacia los Estados Unidos. Su intención era dirigirse a «La Bama» (Alabama), donde uno de sus hermanos había trabajado en la industria avícola, y la fecha de partida ya estaba fijada. Conocía varias alternativas a la cosecha de azúcar, pero ninguna tan atractiva como pasar «al otro lado».

La migración internacional es más que una opción económica para los jóvenes en el pueblo donde realicé mis entrevistas; es el proyecto social de una generación de posguerra, una opción que probablemente demande tanto ingenio como el que necesitaron sus padres para unirse al movimiento revolucionario. Rigo, un amigo de 24 años y ex cortador de caña, tenía la mejor «historia de guerra» en su haber. Rigo entró a México con un pasaporte falso comprado a un coyote, y tuvo que pasar ocho días en una casa segura cerca de la frontera aprendiendo a hablar como un mexicano, para eludir las argucias de las autoridades de inmigración mexicanas que frecuentemente detienen autobuses interestatales buscando centroamericanos: «Los *migra* tratan de confundir a la gente. Te piden que cantes el himno nacional mexicano. Te hacen preguntas usando modismos mexicanos». Rigo, se internó en México con el nuevo acento que había practicado, pero dos compañeros de viaje oriundos de Joyabaj se quebraron en el interrogatorio y lo delataron. Amenazado con diez años de prisión, finalmente confesó ser guatemalteco y lo enviaron de regreso. Aunque perdió Q5.000 en ese intento, todavía tiene chances de cruzar de nuevo con el mismo coyote, y está planeando su próxima jugada.

En este pueblo, la migración a los Estados Unidos está creciendo por una confluencia de motivos. El sentimiento que se manifiesta más a menudo es que *en Guatemala ya no se puede* *. Otro elemento importante es la imagen fantástica de los dólares que se multiplican tras las recurrentes devaluaciones²³. Además, la intensificación de la migración internacional crea un

²² El costo de estos servicios rondaba los Q25.000 (un poco más de U\$S 3.000) por hasta tres intentos de cruce. Generalmente, un tercio de este monto es pagado por adelantado, mientras que el resto es pagado en dólares por parientes en los Estados Unidos o se convierte en deuda. Muy a menudo, las familias hipotecan parte o toda su tierra para pagar la tarifa que exige el coyote.

* En español en el original.

²³ Un padre que dijo poseer «un buen pedazo de tierra», se oponía a que su hijo viajara a los Estados Unidos, pero el muchacho de 16 años expresaba su afán: «¿Qué puedo hacer? Si un dólar valiera sólo un *quetzal*, nadie querría irse, ¡pero ganas tantos *quetzales* por dólar!». Entrevista en Joyabaj, n° 58, 2 de septiembre de 2000.

vínculo estructural entre la ciudad y el campo, en tanto la afluencia de dólares y la ambición de poseer tierras entre los emigrantes provoca una espiral inflacionaria en los precios de los terrenos ubicados en el centro urbano de Joyabaj y en los pueblos circundantes. De esta manera, el pronóstico pesimista sobre la imposibilidad de progresar en Guatemala, se vuelve una profecía que se auto-realiza, ya que adquirir tierras es casi imposible ahora sin acceso al dólar. El pesimismo asociado con la permanencia en Guatemala es alimentado por el folklore que rodea a los emigrantes que regresan, y estas historias de familiares y conocidos que se construyeron una gran casa, o compraron tierras, apuntalan la convicción en los jóvenes de que ir a los Estados Unidos es el único camino que está abierto para ellos.

El éxodo de guatemaltecos durante los más cruentos años de la guerra en la década de 1980 fue seguido de otro más numeroso en los 1990, como puede comprobarse por el aumento de los giros de Estados Unidos a Guatemala, que se elevaron de once millones de dólares en 1987 a 430 millones en 1998. Según las estimaciones, 1,5 o 1,6 millones de guatemaltecos residen actualmente en los Estados Unidos (UNDP, 2000).

La idea de la migración como un rito de pasaje de los jóvenes es explorada por Hondagneu-Sotelo en un estudio de 1994 sobre las redes mexicanas de inmigración. Esta autora asegura que la migración es menos una estrategia doméstica que un paso hacia la declaración de independencia frente a la familia, un camino para alcanzar la virilidad (Hondagneu-Sotelo, 1994: pp. 84-85). Las decisiones sobre dónde y cuándo viajar no son necesariamente la consecuencia de la adaptación familiar a las presiones de la economía macroestructural, sino del «ejercicio de múltiples intereses y jerarquías de poder» dentro de las familias (ibid: p. 187; ver también Radcliffe, 1990, 1991; Lawson, 1998). La migración crea un espacio autónomo para los hombres, especialmente para aquellos que aún no han reivindicado su autoridad patriarcal dentro de la comunidad. En realidad, puede ser un modo de sustentar esa reivindicación o, al menos, ir en busca de su ideal de ella. Por otro lado, puede ser una forma de huir de tales responsabilidades.

En San José, se supone que los jóvenes pueden ir donde deseen, a pesar de los reparos o la abierta desaprobación familiar ²⁴. Es un ejemplo el caso

²⁴ No obstante, las decisiones de migrar no se toman en un aislamiento absoluto, y los hombres no gozan de un poder indiscutible en estos procesos. Las mujeres acompañan ocasionalmente a sus esposos, y me han comentado incluso casos de mujeres solteras que viajan al norte con los *coyotes*, aunque esto es raro, puesto que constantemente se les advierte sobre las cosas terribles que pueden ocurrirles durante el viaje. No obstante, muchas mujeres manifiestan el deseo de emigrar; deseo que expresa un temor a que su compañero encuentre una amante y no regrese nunca. El abandono de familia por parte de los hombres que emigran se está volviendo un problema prioritario para las autoridades de los pueblos; en este sentido, el director del comité local para el desarrollo de San José se lamentaba: «¡ahora tenemos tantas 'viudas' y 'huérfanos' aquí, se parece a la época de la guerra!». Entrevista en Joyabaj, n° 55, 31 de agosto de 2000.

de Juan, un muchacho de 19 años, hijo de madre viuda. Juan era parte de un pequeño grupo de muchachos, el cual incluía un hermano menor de Simón y Eugenio, que finalizaron sus estudios secundarios becados en un instituto de la capital departamental. Desde entonces ha recibido varias ofertas de apoyo adicional para obtener el título de maestro. Rechazó las ofertas y parece más entusiasmado con los alardes de sus amigos cuando discuten los planes para viajar a Estados Unidos. (Convertirse en maestro ha perdido mucho del prestigio que alguna vez tuvo como uno de los pocos caminos de movilidad social ascendente para los jóvenes indígenas. Esto es así, especialmente desde que los salarios son más bajos incluso que los que puede ganar un cortador de caña en un mes bueno). Los muchachos intercambian historias oídas de hermanos mayores, o datos que han obtenido en las horas de recreo o descanso con otros trabajadores en los campamentos de la costa. La madre de Juan desea que continúe estudiando o, en todo caso, que trabaje en la zona, quizás como dependiente en una tienda en Joyabaj. «Pero *tengo* que ir» insiste Juan, en un tono que refleja escasa convicción. Le preguntamos si no guardaba cierta aprensión al respecto, especialmente luego de lo que le había ocurrido a su amigo Rigo. «No» respondió mientras se le iluminaba el rostro, y agregó con desparpajo, «Yo tengo más suerte que mis amigos. ¡Soy el hijo de Bruce Lee!»²⁵ (Los muchachos toman sus dosis de héroes de acción –Bruce Lee y Jean-Claude Van Damme– los domingos de feria en alguna de las seis salas de video en el centro de Joyabaj). Seis meses después de mi partida de San José, Juan, de hecho, partió hacia los Estados Unidos²⁶.

Los chistes, las chanzas, la presunción y la fingida soberbia entre estos adolescentes evidencian lo que Willis (1977: p. 151) describió como las ambiguas «dimensiones y márgenes» de una identidad masculina en desarrollo que facilita la introducción de los jóvenes obreros en un régimen de trabajo implacablemente duro. Por un lado, la habilidad para afrontar la ardua labor de cortar caña (o cortar pollos) junto con los riesgos físicos que implica, es considerada como una prueba de la capacidad para «hacerlo» como un adulto que gana un sueldo. Por el otro, los jóvenes saben que son inducidos a comportarse inevitablemente como «campeones» obreros, y perciben que esto no es más que una mascarada para disimular una organización del trabajo pensada para explotar con intensidad creciente su fuerza laboral (después de todo, incluso el verdadero hijo de Bruce Lee es finalmente derribado). La promoción de identidades masculinas asociadas al

²⁵ Le estoy muy agradecida a Diane Nelson, quien me relató la última parte de esta conversación, transcurrida mientras caminábamos por un sendero con Juan.

²⁶ Agradezco nuevamente a Diane Nelson por informarme sobre Juan y por ser una excelente amiga en el trabajo de campo.

trabajo en las plantaciones no disminuye el rechazo de los cortadores hacia su labor, y tampoco parece sustituir una viva conciencia de la explotación de clase. No obstante, cuando la masculinización de la fuerza de trabajo de la cosecha confluye con el énfasis en el reclutamiento de jóvenes, se genera un grupo distinto de obreros para los cuales la migración hacia la costa es una especie de rito de pasaje que dura varios años y un escalón más hacia la tan deseada emigración a los Estados Unidos, donde muchos trocan cortar caña por «cortar pollos» en las industrias avícolas de Alabama o Carolina del Norte.

¿Estabilidad laboral?

El reclutamiento de mano de obra siempre ha sido un desafío para los agroexportadores de Guatemala. La posibilidad que tienen los trabajadores de regresar a sus comunidades fuera de temporada sirvió históricamente para reducir el costo del trabajo, pero también hizo de la coerción extra-económica un elemento central en el régimen laboral de las plantaciones. En el contexto actual el traslado de la fuerza de trabajo debe ser inducido, no coaccionado. El dilema que afrontan las plantaciones no es, en términos globales, el de la escasez de mano de obra, sino el problema perenne de conseguir la clase apropiada de obreros en el momento oportuno.

No existen datos de conjunto disponibles sobre la rotación de mano de obra en el sector azucarero, pero los ingenios individualmente han reportado índices de rotación que van del 50 por ciento al 300 por ciento en una sola temporada de cosecha. Sólo el 20 por ciento de los trabajadores de las tierras altas que entrevisté habían permanecido durante más de cinco temporadas como cortadores de caña, debido en gran parte a las características increíblemente duras del trabajo, pero también a causa de las trayectorias de vida de esos trabajadores. Los ingenios azucareros intentan construir una fuerza de trabajo estable y productiva para la cosecha. Sin embargo, esta estabilización no es una simple consecuencia sino un proceso; el proceso de forjar la disciplina laboral ajustando y reajustando las políticas de reclutamiento y producción a las dinámicas sociales de las localidades de las tierras altas y a los mercados laborales que las plantaciones sólo controlan parcialmente. En este esquema se otorga una elevada importancia a los aspectos psicológicos de la relación laboral. La construcción de ideas de masculinidad entre los jóvenes obreros es un elemento esencial de esa empresa, a pesar de sus resultados ambiguos. La construcción de género de la mano de obra de la cosecha opera en ocasiones encauzando obreros hacia las plantaciones, pero las mismas nociones que son usadas para moldear a los obreros de acuerdo al nuevo régimen de trabajo, pueden también socavar la estabilidad laboral. Esto es así porque las identidades de género, étni-

cas y de clase infundidas a estos jóvenes obreros no son formadas solamente en las plantaciones, ni en el pueblo o la ciudad, y tampoco frente a las posibilidades de la migración internacional. Sus identidades no se construyen en un sitio en particular, sino en el movimiento entre estos diferentes espacios, lo que produce una suerte de urbanidad rural que pone a prueba los límites de las técnicas disciplinarias originadas en las plantaciones.

Si desde la óptica de las plantaciones el propósito es que los trabajadores desarrollen una conciencia de sí como «ciudadanos obreros» (Montgomery, 1993), las concepciones de los trabajadores son determinadas por horizontes más amplios. La migración a las plantaciones azucareras de la costa ayuda a tejer redes de adolescentes y jóvenes a través de las cuales circula la información sobre mercados laborales translocales y transnacionales. También sirve para asociar la adultez masculina con el movimiento y la exposición al riesgo físico. El auge de la migración al exterior puede ser una «huelga tácita» (Weber, 1979) o un «arma de los débiles» (Scott, 1985) en un contexto social donde los salarios permanecen bajos. Puede verse también como el clásico sueño liberal de la «movilidad» en el campo, vertiginosamente descarrilado. En cualquier caso, el punto es que, mientras la estabilización laboral se sustente en la manipulación de características específicas de los obreros, como el género, estas estrategias de control pueden acarrear consecuencias imprevistas.

El modo en que las prácticas de género operan de diversas maneras en diferentes contextos sociales es un elemento clave en este análisis. Los muchachos pueden asumir una posición particular con respecto al régimen de trabajo, incluso participando activamente en las profundas medidas implementadas para elevar el rendimiento laboral y moldear obreros «campeones». Sin embargo, al asociar unívocamente las identidades masculinas con el comportamiento del «macho», se pierden de vista los procesos dialécticos en que son formadas las redes y las prácticas sociales dentro y fuera del proceso de trabajo. Ciertamente, las nuevas prácticas laborales de los agro-industriales guatemaltecos constituyen en parte un intento de volver a dar vida a un proyecto de ciudadanía (cuyas normas serían vinculadas al régimen del trabajo). Los migrantes, con sus trayectorias de trabajo y de vida, desdibujan los parámetros de ese proyecto.

Referencias

- ARCHER, E. R., 1994, «Words of Caution on the Temporary Workforce», en *Human Resource Magazine*.
- BARITZ, L., 1974, *The Servants of Power*. Westport (Connecticut), Greenwood Press.
- BARLOW, G., 1989, «Deficiencies and the Perpetuation of Power: Latent Functions in Management Appraisal», en *Journal of Management Studies*, vol. 26, N° 5, pp. 499-517.

- BOSSEN, L., 1982, «Plantations and Labor Force Discrimination in Guatemala», en *Current Anthropology*, vol. 23, N° 3, pp. 263-268.
- BURAWOY, M., 1979, *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process Under Monopoly Capitalism*. Chicago: University of Chicago Press.
- BURAWOY, M., 1985, *The Politics of Production*. London: Verso.
- BURCHELL, G.; GORDON, C.; et al., (eds.), 1991, *The Foucault Effect*. Chicago, University of Chicago Press.
- CABARÍS, C. R., 1978, «La estratificación, pista para la intelección de los grupos étnicos», en *Estudios Centroamericanos*, pp. 27-46.
- CHASE, J. R., 1997, «Controlling Labor Commitment in Brazil's Global Agriculture: The Crisis of Competing Flexibilities», en *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 15, pp. 587-610.
- COLLINS, J., 1995, «Gender and Cheap Labor in Agriculture» en MCMICHAEL, P., (ed.), *Food and Agrarian Orders in the World-Economy*, Westport (Connecticut) y Londres, Praeger, pp. 217-232.
- COLLINS, J. L. y KRIPPNER, G. R., 1999, «Permanent Labor Contracts in Agriculture: Flexibility and Subordination in a New Export Crop» en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 41, N° 3, pp. 510-534.
- COMAROFF, JEAN y JOHN COMAROFF, 1991, *Of Revelation and Revolution: Christianity, Colonialism and Consciousness in South Africa*, Vol. I. Chicago: University of Chicago Press.
- COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO HISTÓRICO (CEH), 1999, *Memoria del Silencio*, Vol. I-XII, Ciudad de Guatemala, United Nations Office of Project Services.
- CRUSH, J., 1992, «Power and Surveillance on the South African Gold Mines» en *Journal of Southern African Studies*, vol. 18, N° 4, pp. 825-844.
- DEERE, Carmen Diana, 1990, *Household and Gender Relations: Peasants and Landlords in Northern Peru*, Berkeley, University of California Press.
- DE JANVRY, Alain, 1981, *The Agrarian Question and Reformism in Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins Press.
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, J. M., 1988, *El Comité de Unidad Campesina: origen y desarrollo*, México D. F., Centro de Estudios Rurales Centroamericanos.
- FOUCAULT, M., 1977, *Discipline and Punish*, New York, Pantheon *.
- FOUCAULT, M., 1981, *History of Sexuality*, Londres, Penguin **.

* Hay traducción al español: FOUCAULT, M., *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI. (Varias ediciones) (n. del t.).

** Hay traducción al español: FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad*, (2 vols.), México, Siglo XXI, (varias eds.) (n. del t.).

- FOUCAULT, M., 1991, «Governmentality», en BURCHELL, G.; GORDON, C. y MILLER, P., (eds.), *The Foucault Effect*, Chicago, University of Chicago Press.
- GIDWANI, Vinay, 2001, «The Government of Work», en *Journal of Development Studies*, vol. 38, Nº 2, diciembre, pp. 75-108.
- GIDWANI, VINAY y K. SIVARAMAKRISHNAN, 2003, «Circular Migration and the Spaces of Cultural Assertion», *Annals of the Association of American Geographers* 93 (1), pp. 186-213.
- GRAMSCI, Antonio, 1971, *Selections from the Prison Notebooks*, New York, International Publishers.
- GRANDIN, Greg, 1997, «To End With All These Evils - Ethnic Transformation and Community Mobilization in Guatemala's Western Highlands, 1954-1980», en *Latin American Perspectives*, vol. 24, Nº 2, pp. 7-34.
- HARVEY, D., 1989, *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Basil Blackwell.
- HONDAGNEU SOTELO, Pierrette, 1994, *Gendered Transitions: Mexican Experiences of immigration*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press.
- JACQUES, R., 1999, «Developing a Tactical Approach to Engaging with «Strategic HR», en *Organization*, vol. 6, Nº 2, pp. 199-222.
- JONAS, Susanne, 2000, *De centauros y palomas: el proceso de paz guatemalteco*, Guatemala, FLACSO.
- KAUTSKY, K., [1899] 1989, *The Agrarian Question*, Londres, Swan.
- LAWSON, V., 1998, «Hierarchical Households and Gendered Migration in Latin America: Feminist Extensions to Migration Research», *Progress in Human Geography* 22, pp. 39-53.
- LAWSON, V., 2000, «Arguments Within Geographies of Movement: The Theoretical Potential of Migrants' Stories», *Progress in Human Geography*, 24 (2), pp. 173-189.
- LEGGE, Karen, 1999, «Representing People at Work», en *Organization*, vol. 6, Nº 2, pp. 247-264.
- MANN, S., 1990, *Agrarian Capitalism in Theory and Practice*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- MARX, K., 1967 (1887), *Capital*, (3 vols.), New York. International Publishers.
- MCCREERY, D., 1994, *Rural Guatemala*, Stanford, Stanford University Press.
- MONTGOMERY, David, 1993, *Citizen Worker: The Experience of Workers in the United States with Democracy and the Free Market During the Nineteenth Century*, Cambridge, (U. K.), Cambridge University Press.
- NKOMO, S. M. y ENSLEY, M. D., 1999, «Déjà Vu: Human Resource Management's Courtship of Strategic Management», en *Organization*, vol. 6, Nº 2, pp. 339-348.
- OGLESBY, Elizabeth, 2001, «Machos and Machetes in Guatemala's Cane Fields» en *NACLA Report on the Americas*, vol. XXXIV, Nº 5 (marzo/abril), pp. 16-17.

- OGLESBY, Elizabeth, 2002, *Politics at Work: Elites, Labor and Agrarian Modernization in Guatemala, 1980-2000*. Tesis doctoral, Department of Geography, University of California, Berkeley.
- ORTIZ, S., 1993, «Market, Power and Culture as Agents in the Transformation of Labor Contracts in Agriculture», en ORTIZ, S. y LEES, S., (eds.), *Understanding Economic Processes*, Lanham, University Press of America, pp. 43-59.
- PALMER, S. P., 1990, *A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica, 1870-1900*, tesis doctoral, New York, Columbia University.
- PECK, J., 1996, *Work-Place: The Social Regulation of Labor Markets*, New York, The Guilford Press.
- POLANTI, K., 1944, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press.
- POLLERT, A., 1988, «Dismantling Flexibility», en *Capital and Class*, N° 34.
- POSTER, M., 1990, *The Mode of Information*, Chicago, University of Chicago Press.
- RADCLIFFE, S., 1990, «Ethnicity, Patriarchy and Incorporation into the Nation State», *Environment and Planning D: Society and Space*, 8, pp. 379-93.
- RADCLIFFE, S., 1991, «The Role of Gender in Peasant Migration: Conceptual Issues from the Peruvian Andes», *Review of Radical Political Economics* 23 (3-4), pp. 129-147.
- ROSEBERRY, William, 1996, «Hegemony, Power and the Languages of Contention», en *Politics of Difference*, ed. EDWIN N., Wilmsen y Patrick McALLISTER, Chicago: University of Chicago Press, pp. 71-84.
- SAYER, Andrew y WALKER, Richard, 1992, *The New Social Economy: Reworking the Division of Labor*, Cambridge (Massachusetts) y Oxford, Blackwell.
- SCOTT, James, 1985, *Weapons of the Weak*, New Haven, Yale University Press.
- SILVEY, Rachel y Vistoria LAWSON, 1999, «Placing the Migrant», *Annals of the Association of American Geography*, 89 (1), pp. 121-132.
- SINGH, R., 1998, «Redefining Psychological Contracts With the U.S. Workforce: A Critical Task for Strategic Human Resource Management Planners», en *Human Resource Management*, vol. 37, N° 1, pp. 61-69.
- STOLKE, V., 1988, *Coffee Planters, Workers and Wives: Class Conflict and Gender Relations on Sao Paulo Plantations 1850-1980*, Oxford: MacMillan.
- STORPER, M. y WALKER, R., 1989, «Labor-The Politics of Place and Workplace», en STORPER y WALKER (eds.), *The Capitalist Imperative*, Oxford y New York, Basil Blackwell.
- THOMAS, R., 1985, *Citizenship, Gender and Work: The Social Organization of Industrial Agriculture*, Berkeley, University of California Press.

- THOMPSON, E. P., 1963, «Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism», en *Past and Present*, N° 38 *.
- TOWNLEY, B., 1993, «Performance Appraisal and the Emergence of Management», en *Journal of Management Studies*, vol. 30, N° 2, pp. 221-238.
- TOWNLEY, B., 1999, «Nietzsche, Competencies and Ubermensch: Reflections on Human and Inhuman Resource Management», en *Organization*, vol. 6, N° 2, pp. 285-305.
- UNITED NATIONS DEVELOPMENT PROGRAM, 2000, *Guatemala: Informe del Desarrollo Humano*, Ciudad de Guatemala, UNDP.
- WEBER, M., 1979, «Developmental Tendencies in the Situation of East Elbian Rural Laborers», en *Economy and Society*, vol. 8, N° 2, pp. 177-295.
- WELLS, Miriam J., 1996, *Strawberry Fields: Politics, Class and Work in California Agriculture*, Ithaca, Cornell University Press.
- WILLIS, Paul, 1977, *Learning to Labor: How Working Class Kids Get Working Class Jobs*, New York, Columbia University Press.
- WRIGHT, M. W., 1997, «Crossing the Factory Frontier: Gender, Place and Power in the Mexican Maquila», *Antipode* 29 (3), pp. 278-302.

Traducido por Ignacio Martínez

* Hay traducción al español: THOMPSON, E. P., «Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial», en *Tradicción, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1984.

RESUMEN

Machos, machetes y migrantes: Masculinidades y dialécticas del control laboral en Guatemala

Este artículo examina cómo los procesos de «estabilización» entre los trabajadores migrantes indígenas en Guatemala están siendo contruidos y enfrentados. Presento el caso de las plantaciones de azúcar en Guatemala, cuyos programas de «modernización» laboral han sido alardeados por el Banco Mundial y otras instituciones internacionales como un modelo para el resto de Centroamérica. Este trabajo demuestra cómo los intentos de lograr una estabilización de la fuerza laboral agrícola a través de la masculinización del trabajo, paradójicamente han acelerado los procesos de la migración internacional en las áreas rurales de Guatemala. El tema del «gobierno» de los mercados laborales ha emergido como una cuestión clave dentro de los debates desarrollistas en la etapa de la pos-guerra en Centroamérica. En algunos aspectos, se trata del reemergimiento de la problemática Liberal clásica de cómo formar una fuerza de trabajo disciplinada y productiva sin provocar cambios sustantivos a la estructura existente de acumulación de capital y poder. El trabajo que aquí se presenta se basa en los debates recientes dentro de la geografía humana crítica para argumentar por la necesidad de tomar en cuenta una noción más amplia de las políticas de producción, que tome en cuenta las formas en que los trabajadores están situados dentro de esferas sociales y culturales cada vez más internacionalizados. Los esfuerzos de la élite nacional por «fijar» una identidad de género en sus trabajadores como una manera de inducir la estabilización laboral, puede tener consecuencias desprovistas a causa de estas dinámicas dialécticas de la producción de la identidad social, las cuales constituyen un desafío a las nuevas normas de «trabajador-ciudadano» que las élites azucareras desean inculcar.

SUMMARY

Machos, Machetes and Migrants: Masculinities and the Dialectics of Labor Control in Guatemala

This article examines how «stabilization» processes among indigenous migrant workers in Guatemala are being built and confronted. The case of sugar plantations in Guatemala is presented, whose labor «modernization» programs have been praised by the World Bank and other institutions as a model for the rest of Central America. This article shows how attempts to stabilize agricultural labor force by masculinizing work have paradoxically

sped up processes of international migration in rural Guatemala. The question of «government» of labor markets has emerged as a key issue in developmentalist debates in post-war Central America. It is, to a certain extent, the reemerging of the classic liberal question of building a disciplined, productive labor force without causing major changes to the existing capital and power structure. This article is based on recent debates in critical human geography and argues for the need to consider a wider notion of production policies, which takes into account the situation of workers in growingly internationalized social and cultural spheres. The efforts of a national elite to «fix» a gendered identity among their workers as a way to induce labor stability, may have unforeseen consequences because of these dynamic dialectics of the production of social identities, which challenge the new patterns of «citizen-worker» the sugar elites try to infuse.